

de Lutheranism, 1692.—MELANCHTON, *Historia de vita et actis Lutheri*, 1546.—COCHLEUS (DOBBERECK), *Commentaria de actis et scriptis Lutheri*, Mayence, 1549 (este es el principal arsenal de los adversarios del protestantismo y las más inepitas leyendas).—VON DER HARDT, *Hist. litter. Reformationis*, Léipzig, 1747.

**OBRAS MODERNAS.—TRABAJOS GENERALES:** Es necesario indicar ante todo dos libros que figuran entre las obras maestras de la literatura histórica alemana y que han servido necesariamente de base á nuestro capítulo: primeramente RANKE, *Deutsche Geschichte im Zeitalter der Reformation* (4.ª edic., de las obras completas, 1867), que es sin duda el libro más hermoso del maestro. Después BEZOLD, *Gesch. der deutschen Reformation*, en la colección Oncken, 1886, cuya primera parte, sobre todo, es admirable. Son muy importantes también los trabajos de EGHAAFF, *Deutsche Gesch. im Zeitalter der Reformation*, 2.ª ed., Berlin, 1885, y *Deutsche Gesch. in XVI. Jahrh.*, en la *Bibliothek Deutscher Gesch.*, 1890 (solo se ha publicado el tomo I).—HAÜSSER, *Gesch. des Zeitalters der Reformation*, 1868.—MERLE D'AUBIGNÉ, *Histoire de la Réformation en Europe au temps de Calvin* (en particular el tomo VIII, París, 1878).—HAGEN, *Deutschland's litterarische und religiöse Verhältnisse in Reformationszeitalter*, 3. vol., 1868.—J. ZELLER, *Hist. d'Allemagne*, t. V, París, 1891.—BAUMGARTEN, *Gesch. Karl's V*: desgraciadamente la obra ha sido interrumpida por la muerte del autor; 3 volúmenes, 1885-1890, muy importante, con numerosas referencias bibliográficas.—BOTTIGER-FLATHE, *Gesch. des Kurstaates und Königreichs Sachsen*, 2.ª ed., 1867.—DROYSEN, *Gesch. der preussischer Politik*, t. II, 1870.—ROTH, *Augsburg's Reformation's Geschichte*, Munich, 1881.—STÄELIN, *Württembergische Gesch.*, 1841-1873.—Los *Schriften des Vereins für Reformationsgeschichte*: desde 1883 se han publicado en Halle 44 fascículos (BAUMGARTEN, *Karl V und die deutsche Reformation*; J. ROTH, TH. KAWERAU, KOLDE, etcétera, sobre Thomas Murner, Hans Sachs, Alean-der, etc.).

**BIOGRAFÍAS DE LUTERO.**—MICHELLET, *Mémoires de Luther*, 2 vol., 1844.—AUDIN, *Luther* (sin valor).—KUHN, *Luther, sa vie et son œuvre*, 3 vol., París, 1883.—JÜRGENS, *Luther's Leben* (hasta el pleito de las indulgencias), 3 vol., 1846-1847.—KÆSTLIN, *Luther, sein Leben und seine Schriften*, 2 vol. en 8.º, Elberfeld, 1875 (la más completa y la más científica).—MAX, *Luther*, 1883.—PLITT UND PETERSEN, *Luther's Leben und Wirken* (hasta 1525), 1883.—KOLDE, *Luther, eine Biographie*, 1884 (notable).—BRUNO SCHÖEN, *Martin Luther auf dem Standpunkte der Psychiatrie beurtheilt*, 1874.—RIEM, *Luther als Bibelüberset-*

*zer*, 1874.—SCHOTT, *Luther und die deutsche Bibel*.

**OBRAS PARTICULARES.**—SCHMIDT, *Melanchton's Leben und ausge wählte Schriften*, Elberfeld, 1861.—BAUM, *Capito und Butzer*, Elbing, 1860, en *Väter der reformirte Kirche*.—H. ULMANN, *Franz von Sickingen*, Léipzig, 1872.—BARTHOLD, *Georg von Freundsberg oder das deutsche Kriegshandwerk zur Zeit der Reformation*, Hamburgo, 1833.—ED. BRATKE, *Luthers fünf und neunzig Thesen und ihre dogmenhistorischen Voraussetzungen*, Gotinga, 1884.—DIECKHOFF, *Der Ablassstreit dogmengeschichtl. dargestellt*, Gotinga, 1886.—GEBHARDT, *Die hundert Gravamina der deutschen Nation gegen den römischen Hof*, Breslau, 1884.—A. BAUR, *Deutschland in den Jahren 1517-1527*, 1872.—JÆRG, *Deutschland in der Revolutions-epoche, 1522-1525*, Friburgo, 1851.—VOGT, *Die Vorgeschichte des Bauernkrieges*, Halle, 1887.—ZIMMERMANN, *Allgemeine Gesch. des grossen Bauernkrieges*, 2.ª ed., Stuttgart, 1856.—DE BUSSIÈRES, *Histoire de la guerre des paysans*, 2 vol., 1852, París.—HASE, *Das Reich der Wiedertäufer*, Léipzig, 1860.—CORNELIUS, *Berichte der Augenzeugen über das Wiedertäuferreich*, Münster, 1853.—KELLER, *Gesch. der Wiedertäufer von Münster*, 1880.—BAUMANN, *Quellen zur Gesch. des Bauernkrieges in Obr. Schwaben*, Stuttgart, 1877.—CH. SCHWEITZER, *Etude sur la vie et les œuvres de Hans Sachs*, Nancy, 1887.

**REORGANIZACIÓN DE LA IGLESIA.**—Entre las grandes colecciones ya indicadas para la Historia del Papado: HEFLER, *Papst Adrian VI*, Viena, 1880.—PASTOR, *Die kirchlichen Reunionsbestrebungen während der Regierung Karls V*, Friburgo, 1879.—MAURENBRECHER, *Gesch. der kathol. Reformation*, 1880; *Studien und Skizzen zur Gesch. der Reformationszeit*, 1874.—PHILIPSON, *West-Europa in XVI. Jahrh.*, 1882, en la colección Oncken.

**MONARQUÍA AUSTRIACA, BOHEMIA.**—Además de las obras ya indicadas en bibliografías anteriores, citaremos las siguientes: Para el reinado de Fernando I: REZEK, *Gesch. der Regierung Ferdin. I in Böhmen*, Praga, 1871.—TIEFTRUNK, *Révolte des Etats tchèques contre Ferdinand*, Praga, 1872.—BOH. RIEGER, *Les districts et leur organisation*, Praga, 1878.—DACHITSKY, *Mémoires*, editadas por Rézek, Praga, 1878.—*Les diètes bohêmes*, recopilación de textos publicados por Gindely y Rézek, Praga, 1880 (estas cuatro últimas obras en tchèque).—A. WOLF, *Gesch. Bilder aus Oesterreich*, 2 vol., Léipzig, 1866.—WIEDEMANN, *Gesch. der Reformation und Gegenreformation im Lande unter der Enns*, Viena, 1875.—E. DENIS, *Fin de l'indépendance bohême*, t. II, *les Habsbourg*, París, 1890.



## CAPÍTULO XI

# SUIZA

### Estado político.—La Reforma

**SUIZA Á PRINCIPIOS DEL SIGLO XVI.**—Durante 200 años, á contar desde su primera alianza en 1291, los suizos habían combatido gloriosamente contra Austria para asegurar su independencia. En su lucha con Carlos el Temerario, habían aprendido la táctica de la guerra, y en los campos de batalla de Grandson, Morat y Nancy habían aniquilado el poderío de Borgoña revelando á los caballeros la virtud de la infantería, nuevo instrumento militar. En la guerra de Suabia habían derrotado, en ocho batallas sucesivas, en los Grisones, en el Rhin, en el Jura, á las fuerzas del imperio alemán, entregándose á excesos que les hicieron perder en parte el fruto de sus victorias, pero contribuyeron á darles ante el Imperio—y no ya sólo ante la casa de Austria—el carácter de nación independiente; ya no eran una de las numerosas ligas que había en el seno del Imperio; se convirtieron en *Confederados*, á lo más en «parientes» del Imperio. Todo el mundo solicitaba su amistad. El Delfín de Francia, futuro Luis XI, los había visto en Saint-Jacques combatir á uno contra cincuenta, y «entregar el alma á Dios y

el cuerpo á los Armagnacs»; celebró con ellos en 1474 el primer gran convenio de alistamiento. Con Carlos VIII hicieron la conquista del reino de Nápoles «avanzando—dice un autor italiano—con un orden y una dignidad admirables; sus armas eran espadas cortas, pero sus picas de encina tenían diez pies de longitud; con las dos manos hacían girar tales instrumentos de muerte, para cortar ó atravesar, á su voluntad; distinguíanse de todos los demás por sus sombreros con grandes plumajes, sus armaduras brillantes y su estatura de gigantes».

Luis XII, en sus guerras de Italia, experimentó los efectos de su formidable poderío en las dos batallas de Novara, donde sucesivamente fué vencedor y vencido, como amigo ó contrario de ellos. Los confederados avanzaron más tarde hasta Dijón y no pararon en su marcha irresistible hacia París hasta haber impuesto á La Tremoille una paz lamentable para todos cuantos la firmaron. En el ducado de Milán, los confederados disponían á su gusto del trono y le sujetaban en realidad á un protectorado efectivo. El Imperio y Austria los solicitaban

tanto como Francia y concertaron con ellos la unión hereditaria de 1511, que colocaba bajo su «fiel vigilancia» el Franco-Condado, al cual nadie se atrevió á tocar durante siglo y medio, y que sólo con su complicidad pudo tomar Luis XIV. Por último, el papa, Venecia y los duques de Saboya llenaban con sus embajadas las antecámaras de las Dietas federales. No se disparaba un cañonazo en Europa sin su permiso, se los apellidaba *Domadores de reyes*. Hasta en su gran derrota de Marignán, en que la mitad de ellos no se presentó en el campo de batalla y en que se trabó la lucha por una especie de error, se llevaron consigo, al retirarse, todos sus trofeos.

Esa es la decoración, la apariencia exterior; no puede negarse su importancia, porque toda aquella acción política de Suiza en lo exterior, todos aquellos tratos de los confederados con sus diversos vecinos, tuvieron por resultado hacerlos salir definitivamente, aunque con lentitud, de su antiguo medio, que era el Imperio germánico, para formar un Estado autónomo.

Pero detrás de tal decoración, ¿qué encontramos al penetrar en las capas profundas de la vida suiza?

Según ensanchaban con la conquista sus territorios, ¿seguirían los confederados fieles á su pasado? Ellos, que tanto habían padecido por la libertad, ¿se la daban á las comarcas que arrebatában á Austria, Saboya é Italia? ¿Convertían á estos recién llegados en miembros de la confederación? De ninguna manera. Los grandes cantones conservaban para sí sus conquistas, haciendo de ellas países sujetos. Cuando la conquista era común, los nuevos territorios eran bailiajes comunes, administrados sucesivamente por los cantones conquistadores. Además, la mayoría de las ciudades capitales de cantón se erigían en señoríos omnipotentes, restringiendo más cada año la cooperación de los campos á la administración del bien común.

Por otra parte, los gobiernos extranjeros, según se concentraba el poder en las oligarquías de las ciudades, ejercían sobre los cabecillas una acción desmoralizadora que cada vez crecía más. Las pensiones, las peticiones de reclutamiento de tropas, las pro-

mesas de todas clases, se cruzaban entre Berna, Lucerna y Zurich. En cada capital había un partido del papa, del rey de Francia y del emperador, sostenido á fuerza de dinero. Para lograr la firma de la alianza de 1516, el embajador de Francisco I hizo amontonar oro en el suelo delante de los embajadores suizos, lo movía con una pala, y exclamaba: «Esto vale más que las promesas del emperador.»

La situación general de Suiza se parecía hasta cierto punto á su situación actual entre Francia y la Triple Alianza. Á una parte estaba el emperador alemán, cuyo hermano era soberano de Austria, y que además era rey de España y dueño de Milán, de las Dos Sicilias, del Franco-Condado y de los Países Bajos. Á otro lado Francia, luchando á la vez en Italia y al Norte de los Alpes. Y ambos grandes partidos europeos se disputaban cada cantón suizo, tratando de atraerlo á su órbita, porque la victoria podía depender de los alistamientos de tropas conseguidos de él. Eclipsábase la noción de patria; no sólo no se atendía al interés común de los confederados, sino que los cantones empezaban á verse desgarrados por bandos. Suiza se arriesgaba á perecer si entraba en uno ú otro de los campos opuestos.

Entre tanto quedaba abandonada la agricultura; todos los jóvenes, ya por innata afición al ejercicio de las armas, ya por el cebo de las enormes primas ofrecidas al alistamiento, salían del país con el consentimiento de las autoridades ó sin él. Sus familias quedaban en la miseria. Cuando regresaban, más de uno había cogido en el extranjero enfermedades que entonces se consideraban misteriosas. La guerra había arruinado el comercio en todas partes. Sólo los poderosos de las ciudades insultaban con su opulencia venal la miseria de campesinos y artesanos.

¿De dónde vendría el remedio? ¿Vendría del Estado, profundamente corrompido en sus jefes, que habían logrado formar entre sí, con el nombre de *Convenant de Stanz*, un verdadero seguro mutuo contra las reivindicaciones populares? ¿Vendría de la Iglesia, que había demostrado en los Concilios de Basilea y Constanza, en medio de los

confederados, su impotencia para reformarse á sí misma? Los suizos, por otra parte, habían empezado á conocer la doblez de los papas en sus campañas de Italia, y aunque hubiesen recibido el título de «Protectores de la Iglesia», habían aprendido á su costa en el campo de batalla de Marignán adónde podían llevarlos las habilidades de un cardenal Schinner.

La Reforma había de ser en Suiza, no solamente una reacción contra la inmoralidad del clero y un renacimiento del sentimiento religioso; había de ser una revolución política, el triunfo de las clases laboriosas sobre los jefes de gavillas, la victoria de la política nacional contra quienes olvidaban la patria en beneficio de los príncipes extranjeros. Como dice el historiador suizo Vulliemin, «reforma y revolución se confunden tan bien en sus causas, que cuesta trabajo distinguir-las».

ZWINGLIO Y ZURICH.—El hombre señalado por la Providencia para transformar á su patria fué Ulrico Zwinglio (Zwingli). Había nacido el año 1484 en el valle de Toggenburgo, al Este del lago de Zurich, al pie del gran Alpe de Sentis; el *chalet* en que nació todavía existe. Aquella casa, grande y espaciosa para la época, situada cerca de la línea divisoria de las aguas entre el valle del Rhin y el del Toess, era hacia tiempo propiedad de la familia. El padre de Zwinglio era alcalde del pueblo; uno de sus tíos abad de un convento, otro párroco de un pueblo importante. El niño no conoció la pobreza como Lutero, y se desarrolló alegremente al aire libre de la elevada montaña. Por influencia de sus tíos el abad y el párroco, fué destinado al estado eclesiástico; pero como no era pobre pudo hacer buenos estudios clásicos en las universidades ó escuelas de Berna, Basilea y Vie-

na. Dice que en Basilea, y en casa de Tomás Wittenbach, fué donde empezó lentamente á comprender que sólo en Cristo se podía encontrar el perdón de los pecados. Durante aquel período cultivó con preferencia las lenguas antiguas y pudo leer en los textos originales los libros sagrados. Ordenado en 1504, y nombrado para el curato de Glaris, tropezó directamente por primera vez con

uno de los abusos eclesiásticos de la época: tuvo que rescatar su curato pagando cien florines á un cortesano al cual lo había vendido Roma. En Glaris, sin dejar el estudio de los textos bíblicos, Zwinglio aprendía á conocer al pueblo de cerca. Nombrado capellán castrense en la campaña de Italia de 1512, se alegró de los triunfos de sus compatriotas, pero ya se empezó á indignar de las intrigas de los embajadores extranjeros. Después de la campaña de Marignán, tenía formada opinión. No quería defender al papa ni á Francia; se convirtió en enemigo declarado de los servicios extranjeros. Pero el partido francés era poderoso en Glaris, y el joven sacerdote empezó á luchar con mil dificultades hasta que aceptó el puesto de predicador en Einsiedeln, famoso centro de peregrinación entre

el lago de los Cuatro Cantones y el de Zurich. En Einsiedeln prosiguió sus estudios filológicos sobre las Escrituras y se convirtió en predicador elocuente. Su reputación oratoria llegó hasta Zurich, y en 1518 ocupó el cargo de predicador de la iglesia principal.

Aquella era una ciudad esencialmente papal; la bandera de la ciudad le había sido dada por Julio II; en cualquiera circunstancia, el Consejo se mostraba partidario enérgico de la Santa Sede en Italia. Zurich estaba en primera fila entre los Estados confederados. Allí solían derramar sus larguezas la mayor parte de los embajadores ó prínci-



Atril del siglo XVI

pes extranjeros. Aquel dinero, ganado con facilidad, no menos fácilmente se gastaba, y la corrupción era profunda. Zwinglio vió cada vez con mayor claridad que el centro de la posición estaba en el servicio extranjero, y á éste dirigió sus primeros golpes. Según atacaba á las pensiones, como fuente de inmoralidad pública y privada, el número de sus enemigos elevados iba creciendo. Los acontecimientos exteriores se precipitaban. Carlos V, alardeando de sus pretensiones á la monarquía universal, y tratando de ceñirse la corona de Alemania, provocó los esfuerzos desesperados de Francia para obtener tropas suizas. Zwinglio suplicó á sus compatriotas que no fueran franceses ni imperiales, sino sencillamente zuriqueses y confederados. El Consejo comprendió que la tierra temblaba debajo de sus pies y decidió consultar á todos los municipios. La predicación de Zwinglio había dado sus frutos: menos cuatro, todos contestaron con una declaración de neutralidad.

Al mismo tiempo, un mercader de indulgencias, fraile italiano, llamado Sansón, que había hecho buenas ganancias en Berna, trató de penetrar en Zurich, donde estaba reunida la Dieta. Escribió ésta al obispo de Constanza, y el obispo y el legado del papa se apresuraron á declarar que si con ello complacían á los confederados el hermano Sansón sería enviado á Italia.

Zwinglio se aprovechó de tales circunstancias para acentuar su predicación contra los servicios extranjeros. «Si un mercenario extranjero invadiese tu país y devastase tus campiñas y tus viñedos, te arrebatará ganado y muebles, matará á tu hijo, deshonrará á tus hijas, pisoteará á tu mujer que juntando las manos solicitara de él tu perdón, y si luego te arrancase de tu propia casa y te atravesara con su espada ante la vista de tu esposa, sin respeto á tu trémula vejez ni á los lamentos de las mujeres de tu familia, y si acabara por incendiar tu casa y tu granja, ¿no dirías que no hay Dios si no se abría el cielo para descargar el rayo sobre el mercenario? Y cuando haces lo mismo con los demás, dices que es la ley de la guerra. Contestas que Suiza es pobre porque no produce naranjas, malvasía ni seda. Pero pro-

duce leche, caballos, ganado, vino y trigo, y la lana de nuestros corderos es abundante y nuestros hijos son guapos y robustos. El servicio extranjero no favorece más que á la ambición y el lujo, y no produce más que frutos detestables: la rebelión contra la autoridad, las costumbres depravadas, el empobrecimiento de las masas.»

En estas palabras vibra el alma de un gran patriota. La Dieta decidió la abolición de todas las pensiones y de todas las alianzas extranjeras durante veinticinco años, pero en 1522 volvió sobre su resolución. Zurich fué la única que persistió en la abolición.

Zwinglio se consagró entonces más enérgicamente á la reforma de la Iglesia. Predicó que la obligación de comer de vigilia ó de ayunar no se encuentra en las Escrituras, lo cual alborotó algo á los canónigos. Un sacerdote de las cercanías que habló contra el culto de los santos, fué entregado al tribunal episcopal. Zwinglio, por primera vez, tomó partido contra el obispo. La Dieta federal intervino en ello, y Zwinglio ofreció una discusión pública al doctor Faber, administrador del obispado. Aquella disputa del 29 de Enero de 1523, cuyo resultado fué favorable á Zwinglio en el pensamiento de sus oyentes, determinó al Consejo á decidir que debía seguirse por aquel camino, y puede considerarse como el punto de partida de la Reforma en Suiza.

Verificóse una segunda discusión el 26 de Octubre del mismo año, sobre la misa y las imágenes, pero el obispo de Constanza no se vió representado en ella y la Dieta se abstuvo. El éxito de Zwinglio contra su contradictor el fraile Schmid, de la orden de San Juan, fué considerable, pues Schmid fué obligado á defender solamente la idea de que se debía proceder con prudencia en la abolición de las imágenes, hasta que el pueblo comprendiera por sí mismo que no servían para nada. En cuanto á la abolición de la misa, Zwinglio fué de opinión que era preferible aguardar, para abolirla, el momento en que el pueblo estuviera más familiarizado con las doctrinas bíblicas.

La muchedumbre, excitada por estas discusiones, empezó á romper imágenes, y el

Consejo, de acuerdo con Zwinglio, tuvo que decidir el castigo de los iconoclastas. Pero los hechos fueron más de prisa de lo que se podía suponer. Al cabo de muy poco tiempo se abolió el celibato de los curas, y el Cabil-do de canónigos se transformó por sí mismo en Facultad de Teología, renunciando voluntariamente á sus dominios.

Aquella marcha prudente no satisfacía á todo el mundo. Los radicales de la época se entregaban á una agitación violenta, suprimían el bautismo de los niños, bautizaban sin pudor á los adultos en los ríos, se revolcaban por el suelo sin distinción de sexos, porque Cristo había dicho: «Si no sois como niños, no entraréis en el cielo»; no trabajaban porque ya los alimentaría Dios, y en general tomaban por voz de lo alto todas las inspiraciones de su cerebro enfermo. Aquella agitación amenazaba extenderse al terreno político, porque aquella secta comunista ó socialista no quería respetar ninguna ley que no estuviera en la Biblia, y hubo que adoptar medidas enérgicas que consiguieron sosegar las cosas más pronto que en Alemania.

Á su vez, y esto fué más grave, Zwinglio abandonó su política tan prudente hasta entonces; se arrancaron violentamente todas las imágenes de las iglesias, se destruyeron con vandalismo numerosos tesoros artísticos, y Zwinglio acabó por declarar que toda medida á medias, todo sostenimiento de los usos antiguos eran un escándalo para los débiles y una tentación para los vacilantes. El gobierno, por otra parte, se hizo sostener en los principales municipios por los votos de la mayoría, y para hablar en lenguaje moderno, quedó cubierto por un *referendum* popular.

De modo que la obra de Zwinglio acabó

en Zurich por el constante acuerdo del reformador y del Estado. La transformación política, la supresión de pensiones y del servicio militar extranjero habían adelantado paralelamente con la reforma religiosa.

LA REFORMA EN EL RESTO DE LA SUIZA ALEMANA.—En el resto de Suiza, la Reforma penetraba lentamente. En Berna, el Consejo «había despojado muy á gusto al Consejo de sus privilegios, conservando la integridad de la fe del pueblo»; pero la poderosa aristocracia bernesa tuvo que ceder á la presión de los enemigos de la Reforma en el seno de la burguesía y permitir la libre predicación del Evangelio. Durante tres semanas, en Enero de 1528, todos los predicadores de Zurich y de la Alemania del Sur se dieron cita en Berna. El 7 de Febrero el gobierno hizo fundir los tesoros de las iglesias y sustituyó la misa con la plática. Todo el gran cantón de Berna se sometió, menos algunos municipios del Oberland, que no resistieron al envío de un ejército.

En Basilea, los evangélicos estaban en minoría en el Consejo, pero se apoderaron del arsenal y logra-

ron del Senado la abolición de la misa. Erasmo dejó la ciudad asqueado por las costumbres democráticas nuevas, y Ecolampade tomó la dirección del movimiento.

La ciudad de San Gall, una parte de Glaris y otra de los Grisones, se unieron á la Reforma. En 1528 más de la mitad de Suiza había aceptado sus principios.

La mayor parte de la llanura estaba dominada por las ideas nuevas, con la población más numerosa; pero de los trece cantones, siete pertenecían todavía á la fe antigua, y cinco de ellos estaban situados en los Alpes, alrededor del lago de los Cuatro Cantones. Los *cantones primitivos*, exclusiva-



Relicario del siglo XVI

mente forestales ó agrícolas, no padecían tanto como los de la llanura con las guerras extranjeras, porque apenas había en ellos industriales ni comerciantes. El clero suyo no se había entregado á tantos abusos como en la llanura.

Por último, los habitantes de pocas letras no tenían ocasión de seguir las controversias nuevas. Como en las Dietas se votaba por cantones, sin tener en cuenta la importancia numérica de cada uno, la antigua fe disponía de la mayoría legal.

Las *bailías comunes*, es decir, los territorios conquistados en común por los confederados y administrados por bailíos que pertenecían sucesivamente á cada cantón soberano, fueron la manzana de la discordia. Los cantones católicos encargaron á sus bailíos que hicieran prevalecer la antigua fe. Zwinglio, por su parte, había inducido á muchos municipios á declararse por la Reforma. Fué detenido un discípulo de Zwinglio, llevado á Schwytz y quemado vivo en Mayo de 1529. «En el fuego de aquella hoguera—dice Vulliemín—se encendió la guerra civil.»

Deslumbrado indudablemente por sus rápidos éxitos, Zwinglio quiso ir muy aprisa. «Hombre político á la vez que servidor de Jesucristo, consideraba permitido todo medio legítimo en sí cuando se trataba de abrir camino al Evangelio.» Ya le dominaban hartamente exclusivamente sus miras teológicas para poder comprender la idea esencialmente política de los berneses, «de que era posible y deseable sostener, á pesar de las diferencias de confesiones religiosas, una acción política común en la Confederación». Para aquel innovador religioso, el Estado había de ser el instrumento destinado á hacer triunfar la Reforma. Consideróse, pues, autorizado á acordar una alianza separada, no solo de Zurich con los cantones reformados, sino también con la ciudad alemana de Constanza. Para conseguir mejor su objeto, había ido relegando á último término al Gran Consejo, concentrando todos los poderes en un Consejo secreto, en el cual era omnipotente. Entonces empezó á hacer trabajar á las bailías más próximas á los pequeños cantones católicos, luego á las tierras del abad de San Gall, con las cuales nada tenía que ver Zurich.

Los cantones católicos contestaron en Abril de 1529 con una alianza de cinco de ellos con Austria para la protección de la «fe antigua, única verdadera». Aquella alianza había de completarse por medio de otra con Lorena y Saboya. Cercados en sus montañas, los cantones pequeños querían cercar á su vez á los reformados.

LA PRIMERA GUERRA DE CAPPEL.—Esta alianza de los católicos con Austria, contraria al pacto federal, proporcionó á Zwinglio la ocasión deseada. Reclamó la guerra y Berna se resistió á su demanda, haciendo notar que «la guerra no es buen medio para extender la nueva fe, porque la guerra lleva á la Confederación á la ruina». Zwinglio no podía comprender ya aquellos razonamientos, y escribió á los berneses: «No temáis la guerra, porque esta paz en que vivimos no es paz, y la guerra que queremos no es guerra. Si no cortamos de raíz el mal, que es la oligarquía de los cantones primitivos, nunca estarán seguros la verdad del Evangelio ni sus defensores.» Berna se negó á atacar, pero prometió auxilios si se atacaba á Zurich. Los zuriqueses invadieron entonces la comarca que separa su territorio del de Berna, para ocupar los pasos de los ríos, y Zwinglio avanzó, alabarda al hombro, con cuantos soldados había en Zurich. La lucha parecía inevitable; los pequeños cantones estaban resueltos á aceptarla; pero Aebli, jefe del gobierno de Glaris, no pudo ver con tranquilidad aquellos dos ejércitos, cuyos jefes y soldados habían combatido juntos y con gloria tantas veces, prontos á destruirse. Los mismos hombres dudaban que fuera posible, y en las avanzadas se los veía, á veces, echados junto á un lebrillo de leche, colocado en la frontera, echar rebanadas de pan y comerlas juntos, sin perjuicio de dar un cucharazo en los dedos al que pasara la raya, para reprimir tal violación de territorio. Triunfó Aebli en sus intentos de reconciliación, y Zwinglio le reconvino con viveza, diciéndole: «Los crees y te conviertes en mediador; pero tuya será la responsabilidad ante Dios de esa conducta. En cuanto estén armados, no tendrán miramientos con nadie, y entonces ya no habrá mediadores.» Á los dos años había de realizarse tal pro-

fecía, pero Aebli tenía razón asegurando frente al ministro del Evangelio que, á los ojos de Dios, era preferible el arbitraje á la guerra civil, y que los intereses políticos de Zurich tendrían mejor salvaguardia con la paz que con la sumisión violenta de los cantones católicos. No fué mala la paz acordada en Cappel por Aebli, ni aquella paz dió origen á los dos años á otra guerra civil. Lo malo fué que Zwinglio y los reformados abusaron de las ventajas alcanzadas con la paz.

Las condiciones de la paz de Cappel (25 de Junio de 1529) habían sido la libertad de conciencia, no en el sentido moderno de la palabra, sino en el de que nadie podía ser obligado á abjurar. En cada parroquia decidía la mayoría, y la minoría había de someterse ó emigrar á otra parroquia. Por otra parte, el principio de paridad entre ambas confesiones no había de prevalecer más que en las bailías comunes. Cada cantón conservaba su soberanía en materia de fe y quedaba entendido que ninguno toleraría disidentes en su territorio. Quedaba anulada la alianza de los católicos con Austria.

SEGUNDA GUERRA DE CAPPEL.—No quiso Zwinglio contentarse con aquel éxito á medias; cada vez se complacía más con su papel de dictador político; cada vez discurría planes más vastos para la extensión de la Reforma en Europa. Se puso en relación con los protestantes de Alemania, y el landgrave Felipe de Hesse se convirtió en su gran amigo y corresponsal. Cuando la segunda Dieta de Spira hizo resaltar más los peligros que corrían los protestantes de Alemania, sintió Zwinglio la necesidad de dar un gran golpe, intentando un concierto con Lutero acerca de las cuestiones que los separaban. El 2 de Octubre de 1529 se encontraron en Marburgo, y referida queda su entrevista. No pudieron entenderse sobre la

presencia real de Cristo en la Cena; Lutero no aceptó la mano que Zwinglio le tendía, y el landgrave no pudo conseguir que se trataran como hermanos. «Estáis animado por distinto espíritu», le dijo á Zwinglio el hombre de Wittenberg.

Volvió Zwinglio á Zurich, siempre con sus grandes proyectos, y escribió á Francisco I una carta que en muchos de sus pasajes parece obra de un humanista italiano, por lo que afirmaba en ellos su convicción enérgica de que en la eterna beatitud del cielo se encontrarán las almas piadosas de los fieles de todos los tiempos y todas las religiones, desde Hércules, Sócrates y Aristides, hasta los profetas del Antiguo Testamento. Después de haber sido enemigo acérrimo de las alianzas extranjeras, trató de enlazar relaciones políticas con Francia y con los príncipes protestantes de la liga de Smalkalda.

En el interior fué cada vez más audaz, hasta perder la noción de la realidad, de la justicia y del derecho. Creía firmemente que el pueblo de los cantones católicos estaba dispuesto á aceptar la Reforma, que gemía tiranizado por sus autoridades, lo cual era un completo error. Interpretó el artículo de la paz de Cap-

pel, que decía que nadie podía ser violentado en su fe, como aplicable al interior de los cantones católicos, cuando sólo se había estipulado para las bailías mixtas. En su deseo de que penetrara la nueva fe en su valle natal de Toggenburgo, cuyo soberano temporal era el abad de San Gall, provocó en él una verdadera revolución, sin derecho alguno y á pesar de los consejos moderados de los demás cantones protestantes. Soñó con la transformación de Suiza, sin dejar más que cinco votos á los siete cantones católicos, y asegurando siempre á los reformados, tanto en las Dietas como



Puerta tallada del siglo XVI